



## EL PODER DE LA LIBERTAD

Por P. Gustavo Irrazábal

Publicado en Revista Criterio (Argentina, 8.2013)

Reflexiones a partir de la última edición del Acton University, el evento anual que organiza el Acton Institute en Grand Rapids, Michigan, donde se congregan profesores, religiosos y hombres de negocios de todo el mundo.

En abril de 1887, el erudito, historiador y político liberal John Emerich Edward Dalberg-Acton (1834-1902), más conocido como Lord Acton, escribió al obispo Mandell Creighton las que serían sus palabras más célebres y citadas: “No puedo aceptar su regla de que debemos juzgar al Papa y al Rey de un modo diferente a los demás hombres, con una presunción favorable de que no hicieron lo incorrecto. Si una presunción ha de haber, debe ser en sentido contrario, en contra de quienes detentan el poder, y tanto más cuanto más se acrecienta el poder. El poder tiende a corromper, y el poder absoluto corrompe absolutamente.”

Estas expresiones acerca del peligro del poder absoluto, que bajo este aspecto no hacía diferencia entre el Estado y la Iglesia, debieron ser enormemente polémicas para su tiempo, no sólo como expresión del pensamiento político liberal sino sobre todo como visión de un ferviente y convencido católico que sin embargo no vaciló en desafiar la Iglesia ultramontana de su tiempo, embarcada en un proceso de centralización y exaltación de la figura papal.

Un siglo después, en 1990, surgía el Acton Institute, con el fin de propagar la memoria de este gran historiador de la libertad, y promover una sociedad “libre, virtuosa y humana”. Este objetivo reclama una triple convergencia: un *gobierno limitado*, concentrado en sus funciones propias, que desempeñe un rol sólo subsidiario respecto de la sociedad civil; una *economía libre*, que permita a todos el acceso al mercado, favoreciendo la creación y el intercambio de riqueza, removiendo todo obstáculo indebido a dicho acceso, y garantizando la propiedad privada; y la *libertad religiosa*, que anime una cultura de sólidos valores morales, fundados en la dignidad de la persona, la importancia esencial de la familia, la responsabilidad por el bien propio y el de la sociedad en su conjunto.

No es casual que estos tres ideales encuentren sus raíces históricas en la tradición cristiana. Sin negar relevantes antecedentes en el mundo antiguo, fue Jesucristo quien, con su llamado a distinguir entre “lo que es de Dios” y “lo que es del César”, dio inicio a un proceso que a lo largo de la historia ha contribuido a la desacralización del poder político y a su subordinación a valores morales y espirituales superiores. El Estado, definido por sus funciones temporales, dejaba así de ser la fuente suprema de sentido, abriendo un espacio de autonomía para que los individuos y comunidades persigan su fin trascendente. Sería sólo cuestión de tiempo para que la libertad de la persona, ya no más subordinada con todo su ser a la *pólis*, encontrara formas innovadoras de expresión en lo político, lo económico y lo cultural, poniendo en marcha la historia de la libertad.

### Acton University

Entre el 19 y 21 de junio tuve la oportunidad de participar, junto con otras 900 personas, profesores, religiosos y hombres de negocios de todo el mundo, en el Acton University, un evento anual organizado por el Acton Institute en Grand Rapids, Michigan.



En el mismo, a través de diferentes conferencias y encuentros que se prolongan por espacio de tres días completos, se profundizan los tres ejes mencionados, se reflexiona sobre sus fundamentos antropológicos, éticos y religiosos, y se declinan sus múltiples implicancias en el campo económico, político, social y cultural.

Contra el extendido prejuicio de que el liberalismo es esencialmente individualista, estos encuentros ponen de manifiesto una profunda preocupación social. No hay objetivo más urgente que la lucha contra la pobreza. Pero al mismo tiempo, esa lucha y la buena voluntad que la inspira están condenadas al fracaso si no promueven la creatividad e iniciativa de las personas afectadas, y les brindan la posibilidad efectiva de ofrecer sus productos y servicios en el mercado, en condiciones básicas de igualdad.

Dos evidencias apoyan esta convicción. Una es el clamoroso fracaso de ciertas modalidades de asistencia internacional que han desbaratado los emprendimientos locales y empeorado la situación general. La otra es que sólo el libre mercado ha mostrado capacidad para rescatar a las personas de la pobreza. En el mes de junio, el editorial de *The Economist* ha mostrado cifras impactantes: entre 1990 y 2010 la pobreza extrema en el mundo ha sido reducida a la mitad, gracias a las reformas orientadas al libre mercado en los países en vías de desarrollo (sin desconocer la importancia de las políticas sociales de contención). Sólo China, entre 1981 y 2010, ha sacado a 680 millones de personas de su pobreza ancestral, y ha reducido la pobreza extrema del 84% al 10%. La meta de eliminar esta última para el 2030 ya no parece inalcanzable.

Pero la libertad económica no puede sostenerse en el tiempo sino en el marco de un orden que garantice al mismo tiempo la libertad política y religiosa. La primera reclama instituciones sólidas y confiables, en especial una justicia realmente independiente, el respeto por los derechos de las personas y la seguridad jurídica. La tendencia de los actuales gobiernos democráticos a una creciente intervención en la vida social no sólo pone en peligro la libertad económica y política sino también aquella que, como decíamos antes, es la fuente de todas las restantes libertades: la libertad religiosa.

Algunos de los problemas que se suscitan a este respecto en los Estados Unidos nos inducen a poner "las barbas a remojo". Por ejemplo, el argumento de la discriminación pronto podría ser utilizado para denunciar penalmente a los católicos que se expresen de modo público contra el matrimonio homosexual, o a los sacerdotes que se nieguen a celebrar los mismos en sus parroquias, o incluso a las casas de fotografía que se nieguen a prestar sus servicios para esa clase de eventos. Es necesario que las autoridades de la Iglesia en nuestro país tomen mayor conciencia de los posibles conflictos a los cuales ministros y creyentes en general podrían verse expuestos en el futuro.

Tras esas exigentes jornadas de reflexión e intercambio, pasé algunos días de descanso en Chicago. Sería imposible hacer justicia en un espacio tan breve a la asombrosa arquitectura de esta ciudad, sus calles, sus parques, su intensa vida cultural. Pero no podría concluir estas líneas sin aludir a una experiencia que atesoro en mi memoria: haber viajado junto a gente rica y gente pobre en subtes, buses y trenes limpios, seguros y puntuales. Acton Institute fue la parte teórica. Ésta es la parte práctica.